

LISTA DE LA ACCIÓN: MÁS ALLÁ DEL CONTROL JERÁRQUICO Y DEL MERCADO AUTORREGULADO.

Ricardo Mellado Labbé.

Sociólogo, Universidad Alberto Hurtado. Pasante CED.

Si queremos reflexionar sobre la política desde el personalismo, debemos asumir un supuesto fundamental de éste último: el hombre es esencialmente individual y social. ¿Qué quiere decir esta afirmación 'dual' sobre nuestra naturaleza? En primer lugar, somos sujetos individuales en tanto somos distintos a otros. Ya sea genéticamente; con respecto a nuestro fenotipo (nuestros caracteres físicos adquiridos genéticamente y la adaptación de nuestro genotipo en el medio ambiente en el que nos tocó vivir); y, por último, somos distintos en tanto que a cada uno de nosotros nos toca vivir historias asociadas a nuestro entorno inmediato (cultura nacional, valores familiares, tipo de educación, etcétera)¹. Nuestras trayectorias están definidas en gran medida por nuestra comunidad de origen.

Pero, además, somos seres sociales, al mismo tiempo que individuales. Nuestra condición social radica en que no podemos existir si no en sociedad: adquirimos conciencia de nosotros como personas individuales a partir del encuentro con un 'otro(s)' distinto a mí. Pero no solamente comprendemos nuestra unicidad a partir de nuestra comprensión de que hay otros distintos a mí: nuestra dimensión social alude al hecho de que nosotros aprendemos nuestras habilidades sociales a partir del encuentro con la sociedad. En efecto, observando, estudiando e imitando adquirimos conocimientos sobre cómo operar en nuestro entorno a través de los múltiples roles sociales que necesitamos para adaptarnos efectivamente. Por lo tanto somos individuos y también sociedad. No hay persona sin sociedad, ni tampoco sociedad sin individuo.

Es por eso que el personalismo comunitario tiene por "enemigos", usando un concepto del filósofo Carlos Díaz², por un lado al egocentrismo y, por el otro, al colectivismo. Es decir, la filosofía de la persona niega en primer lugar que podamos prescindir del "otro" (instrumentalizándolo para lograr nuestros propios fines o simple y llanamente negando su existencia, evitando cooperar con él); y en segundo lugar niega, a su vez, "*el democratismo*"³, que se opone al principio de la libertad y la singularidad, reflejado en aquellas filosofías que hacen abstracción del hombre de carne y hueso (su trayectoria, sus vivencias), sumergiéndolo en la impersonalidad del colectivo.

Ahora bien, nuestra tarea acá es dilucidar qué significado le deberíamos otorgar a la acción política de modo que sea lo más fiel posible a este supuesto antropológico fundamental que acabamos de aludir, esto es, de la doble dimensión de la persona como ser social e individual. El modo será el siguiente: haremos un breve y simplificado repaso histórico de los últimos cincuenta años de vida política que nos permitirá observar la evolución del rol que la esfera política tuvo en la construcción de proyectos colectivos.

No es azaroso que hayamos elegido la década de los sesenta como punto de partida para el ejercicio que queremos hacer. Es que precisamente es esta década el período histórico más convulsionado, en términos políticos y sociales, de la segunda mitad del siglo

¹ Sols Lucia, José. Cinco Lecciones de Pensamiento Social Cristiano. Editorial Trotta. Madrid. 2013.

² Díaz, Carlos. ¿Qué es el Personalismo Comunitario?. Colección Persona. Salamanca. 2010.

³ Ibid, pág. 23.

XX, en el cual la política adquirió un prestigio sin igual. Brotaban vientos de cambio y esperanza sin fin. Fue la época de la Revolución Cubana, en 1959; La primavera de Praga, en 1967; el Mayo Francés, en 1968 y los movimientos contraculturales de distinto signo en países de desarrollo avanzado. Generaciones enteras de jóvenes, adultos, políticos, profesionales e intelectuales militaron -en el amplio sentido de la palabra- en pos de derribar las murallas opresivas que el capitalismo había creado para mantener cautivas a la gran mayoría de las personas, en un estado de permanente pobreza, tanto material como espiritual.

Como decíamos anteriormente, es en esta época donde la esfera política adquiere un privilegio especial, debido a que rol como principal vehículo para llevar a cabo los sueños de una sociedad más justa. En efecto, en aquella época se radicalizó la idea tradicional de la política como el espacio a través del cual el conflicto social se enfrenta y se resuelve en aras del bienestar general, concibiéndola como la llave maestra para conformar una sociedad sin privilegios. Desde esta cúspide, se pensaba, podíamos orientar a discreción las distintas esferas de la sociedad (la economía, la educación, la justicia, el arte) para así generar el bienestar necesario para la población.

Es el tiempo de las planificaciones globales. A través de la política se iría conformando un “Estado Inteligente” que regularía todas las dimensiones de la sociedad. Desde una versión más moderada de acción estatal (la socialdemocracia), hasta la completa intervención del Estado (la Rusia soviética y sus planes quinquenales), se dirigía a la sociedad, y por sobre todo, a la economía. La voluntad de control de esta última se hizo especialmente codiciada en las formas de intervención estatal más extremas: lo que se producía, la cantidad, la calidad; como se distribuía, etcétera.

Podemos afirmar, concluyendo el punto anterior, que la sociedad se construía -por supuesto, con la ayuda de los ‘expertos’ depositarios de un saber absoluto que sabían leer la complejidad social y el devenir histórico- “desde arriba” hacia “abajo”. Desde el Estado hacia la sociedad civil.

Esta concepción privilegiada de la política acentuó de sobremanera la dimensión social de la persona antes que la individual. Y no podía ser de otra forma, pues la política moderna es una actividad de masas, donde la voluntad general (que era la llamada a liderar con éxito el valle de lágrimas que supone nuestra condición malograda y tocar así el “cielo con las manos”) era quien tenía la última palabra sobre lo que era deseable construir y destruir en pos del ideal ilustrado emancipador. Es fundamentalmente por ello que el “sujeto colectivo” tuviese en esta época preeminencia sobre las voluntades individuales. Se privilegió la igualdad por sobre la libertad, la unidad por sobre la diferencia. Este modo de entender la política, por lo tanto, no se corresponde con la enseñanza social-cristiana sobre la versión dual de la persona, tanto como sociedad y a la vez individuo.

Como bien sabemos, este modo de entender y, por consiguiente, de actuar sobre el mundo fracasó estrepitosamente. Su crepúsculo definitivo fue la caída del Muro de Berlín el año 1989. Los expertos, políticos e intelectuales proclives a esta cosmovisión vieron como la complejidad social y económica se hizo paulatinamente ‘indomesticable’: la globalización financiera y geográfica, la crisis económica y la revalorización de la libertad y la democracia no pudo ser ni prevista ni posteriormente ‘planificada desde arriba’. La ilusión y el sueño de

modelar políticamente la sociedad, de crear un orden social que emergiera de las acciones intencionales del sujeto colectivo quedaron, en términos generales, sepultado.

Lo que vino después es ampliamente conocido. La revolución neoconservadora de Reagan y Thatcher en la década de los '80 cruzaron las fronteras de sus propios países, extendiendo una nueva idea de concebir y actuar (¿o no actuar?) sobre nuestro entorno social. Es que, a juicio de quienes bregaban por esta revolución, el fracaso de la Unión Soviética y los países que seguían en mayor o menor medida sus recetas se debió a la "ilusión" de quienes, arguyendo las mejores intenciones para cambiarlo a nuestra voluntad, podíamos modelar a nuestro gusto el destino de nuestras sociedades. En efecto, el gran error (ingenuidad dirán algunos) fue creer que los problemas, fundamentalmente socioeconómicos, pueden ser solucionados a través de una planificación *apriori* total o parcial de las actividades económicas de un país. Los resultados de esta acción intencional de las social-democracias o del comunismo de Estado no podían ser otra que la estanflación, el desempleo e incluso el colapso económico.

Generalizando de sobremanera, pues el tiempo no permite otra cosa, podemos sostener que el escenario que se afirmó en gran parte de Occidente fue el siguiente: los países fueron adoptando paulatinamente las recetas de Friedman y Hayek para organizar económicamente a las sociedades. Esto equivale a decir que la producción, el intercambio y la distribución de bienes en una sociedad quedaron sujetos a las leyes de la oferta y la demanda. Y no solamente los bienes privados empezaron a funcionar en su totalidad bajo estos mecanismos: también la provisión de bienes públicos-salud, educación, previsión- quedaron sujetos al funcionamiento del mercado autorregulado⁴. Los encargados de tutelar esta dinámica y evitar su distorsión arbitraria por parte de políticos y científicos sociales son los tecnócratas especializados en la rigurosa disciplina de la economía neoliberal.

Y es que un mercado de bienes públicos y privados "eficiente" puede nacer solamente del libre juego de actores que compran y venden productos según los acuerdos que ellos convengan. La acción estatal "dirigida" por políticos y especialistas en materia económica no hace más que distorsionar (inflación, desempleo, 'captura del Estado', etc.) el correcto desempeño del mercado en la producción y distribución de bienes y servicios. Desde ahora (década de los noventa en adelante) la política no tiene preeminencia sobre la economía: ésta debe funcionar bajo sus propias leyes, secundadas y monitoreadas por los técnicos alojados en los ministerios y entidades gubernamentales, y no a través de lo que la voluntad general (expresada en los órganos estatales tales como el Parlamento o la figura presidencial) cree que es correcto hacer para lograr el bien común, afianzar la solidaridad y concretar la justicia, etc. Creer esto último constituye un "atavismo", una regresión a una cultura gregaria y dejada atrás por la evolución cultural en palabras de Hayek.

Este margen de libertad -ajeno al ámbito del Estado-, permite que las preferencias individuales de los actores-compradores y vendedores- configuren finalmente el orden social desde abajo hacia arriba. Lo que antes la política, y por ende la sociedad, ejecutaba desde arriba para dirigir el destino de la economía, hoy lo hacen los individuos desde abajo a través de la libre concurrencia de sus intereses. El péndulo osciló al otro extremo: desde el colectivismo hacia el individualismo, es decir, desde una percepción que concibe que lo

⁴ Quizás sea en Chile donde mayormente se han aplicado estos principios.

social y colectivo construye la sociedad hacia la fe en que los sujetos orientados por sus intereses privados construyen las estructuras sociales, fundando así un “orden espontáneo”.

Esta visión generalizada sobre la economía y la sociedad se impuso no solamente en círculos conservadores, sino también en aquellos partidos y movimientos políticos que antaño creían en la visión colectiva de lo social y en la intervención estatal-en mayor o menor medida- en lo económico. En efecto, por citar los casos más emblemáticos, el partido demócrata norteamericano (Clinton) y el laborismo inglés de la tercera vía (Blair), ambos considerados como social-demócratas, pasaron desde una fuerte defensa del Estado como garante de derechos sociales universales a ceder cada vez más a los mercados desregulados la tarea de la producción de bienes públicos, así como también dieron un mayor énfasis a la protección de los derechos y libertades individuales de las personas.

Luego de analizar el escenario que se configuró en esta época podemos fácilmente dilucidar el rol que la política tuvo, y está teniendo hoy, en la tarea de ordenar lo social. Si es que pensamos que la sociedad se autorregula a sí misma según leyes naturales, “legalidad inmanente” le llamaría Norbert Lechner⁵, entonces poco o nada puede hacer la política para alterar el curso de las cosas. La “voluntad general” que la política vehiculizaba ya no tiene ni la potestad ni el privilegio de alterar sustancialmente las cosas: solo debe mirar estupefacta y rendir homenaje a la inevitabilidad de las leyes eternas y naturales del mercado. Éste, entregado a su propia lógica, ordena las distintas esferas sociales

Ante este escenario donde la política, que reúne la voluntad colectiva y el interés general, no tiene ningún rol sustancial en lo concerniente a los asuntos públicos, es que esta visión hoy hegemónica no se corresponde con la visión personalista de entendernos como seres que por naturaleza nos asociamos para buscar el bien común. En efecto, para esta corriente de pensamiento la cooperación para alcanzar objetivos colectivos a través de la política es esencial: es por ello que una sólida democracia es necesaria. En un sistema donde se estimula únicamente nuestra condición de productores y consumidores en una sociedad de mercado y no nuestra condición de ciudadanos preocupados por los asuntos públicos es un escenario que no satisface nuestra condición esencialmente social.

Ahora bien, luego de este repaso histórico, nos toca dirimir qué característica fundamental tiene que tener la acción política en aras de satisfacer tanto nuestra libertad individual como la capacidad de conformar un “nosotros”.

Sin duda que el giro de mercado de las democracias liberales de Occidente fue parcialmente positivo en tanto pudo resolver algunos de los problemas que las economías socialistas mostraron al final de su ciclo. Y no solamente resolvieron algunos de los problemas económicos de la sociedad en general (sus equilibrios presupuestarios) sino que también otorgaron renovados ámbitos a la libertad individual para consumir y emprender, en un marco de la revalorización de la democracia liberal. Se consolidó así una esfera privada que nos corresponde a nosotros mismos administrar con libertad y responsabilidad.

Sin embargo el paradigma anteriormente descrito no solucionó de una vez y para siempre los problemas que aquejan a nuestras sociedades. Sin duda la crisis financiera del año 2007-2008 cuestionó severamente la capacidad del mercado desregulado para generar

⁵ Lechner, Norbert. Obras Escogidas: La Conflictiva y Nunca Acabada Construcción del Orden Deseado(1984). Editorial LOM. Santiago de Chile. 2006. Página 160.

bienestar en la población. También los altos niveles de desigualdad que se han acentuado en los últimos lustros en casi la totalidad de los países ha puesto en duda si es que en realidad la sola libre concurrencia de los intereses privados de las personas y las empresas genera justicia social. En palabras de Tony Judt, fuimos presos de la ilusión sobre *“la obsesión de la riqueza, el culto a la privatización y el sector privado (...) una admiración acrítica por los mercados no regulados, el desprecio por el sector público, la ilusión del crecimiento infinito”, lo que nos llevó, con la crisis actual, a “ser víctimas y presas de nuestros propios excesos”*⁶.

De hecho, paradojas de la historia, la actual crisis económica está siendo solventada por los países a través de la acción estatal (instrumento preferido de los keynesianos), específicamente para salvar a los bancos de la debacle en que se vieron inmersos. Es así como de nuevo estamos discutiendo si es que en realidad la libertad individual llevada a ultranza, en desmedro de la acción estatal colectiva, es lo que en realidad genera el anhelado bienestar social. Parece ser que nos acercamos cada vez más a formas mixtas de provisión de bienes públicos.

Como ustedes podrán haber adelantado, y considerando los principios del social-cristianismo que expusimos al comienzo de esta ponencia, ni la persona individual por sí misma (como lo quiere el neoconservadurismo), ni la sociedad como ente abstracto (como lo quiere el colectivismo), pueden solucionar los problemas sociales que nos aquejan. En efecto, nuestro carácter dual de personas individuales y sociales -según el personalismo- no nos permite creer que el mercado por sí solo, ni el Estado por sí solo, pueden alterar sustancialmente nuestra suerte. Por el contrario, es necesario abrazar en un mismo “pool” valórico e ideológico lo bueno y razonable que nos puede entregar el mercado y el Estado a la vez. Esto equivale a resaltar nuestra condición de persona individual -derecho a emprender, a producir y consumir de forma libre- pero también a otorgarle una esfera de acción decidida al Estado, que en gran medida nos representa a todos, como garante de derechos sociales colectivos, de potestad reglamentaria y fiscalizadora en el juego del mercado productivo y financiero para evitar acciones arbitrarias de los más poderosos; con capacidad de desplegar políticas estratégicas de desarrollo industrial y de conocimiento en conjunto con la industria privada para mejorar nuestras ventajas competitivas; etc.

La tradición social-cristiana de aunar las potenciales consecuencias positivas de la concurrencia del mercado y el Estado como esferas mutuamente incluyentes datan de fines del siglo XIX. Fue el papa León XIII quien advirtió en *Rerum Novarum* (1891) lo falaz y erróneo que es que, como sociedad, nos orientemos por uno u otro del polo en disputa (mercado/Estado, individuo/sociedad). Y no solo es falaz: otorgarle solamente al mercado o al Estado la capacidad de generar el óptimo social es acercarnos a un umbral cada vez de mayor inhumanidad, puesto que ambos entregados a su propia discreción no generan vínculos solidarios ni cohesión social (en el caso del Mercado), así como tampoco libertad (en el caso del Estado). Del mismo modo, la encíclica *Quadragesimo Anno* de Pio XI (1931), secundado por el economista católico Oswald Von Nell-Breuning, es una condena explícita al capitalismo, que define de “dictadura económica”, como también una condena al socialismo soviético estalinista.

Por lo tanto, si es que se quieren respetar los principios del personalismo, en el momento que queramos pensar nuestra sociedad debemos abandonar las dicotomías. Es

⁶ Judt, Tony. *Algo Anda Mal*. Taurus. Madrid. 2010. Página 18.

afirmar y potenciar dos cosas a la vez: la libertad y responsabilidad inherente de las personas para llevar a cabo sus proyectos de vida, y también otorgarle músculo al Estado para que resuelva problemas de aquellos a quienes el bienestar no llega. En otras palabras, debemos confiar tanto en nuestra condición y capacidad individual de generar bienestar (construir desde “abajo” nuestro bienestar y el de los otros, de manera individual o de manera colectiva en organizaciones de la sociedad civil) como también pensar colectivamente a través de la acción estatal que contribuya al bienestar general a través de diversos instrumentos.

Otorgarle a la acción estatal una nueva fuerza no solamente contribuiría a una mejor distribución de la renta (aspecto material), sino que también genera las condiciones para una mayor cohesión social entre nosotros (aspecto simbólico). Es que una activa promoción del bienestar general en un ámbito que no sea el privado nos hace re-entendernos con lo público y, por ende, con los otros. Sin duda hay también otros modos complementarios para generar cohesión y virtud cívica- por ejemplo la educación republicana- pero es de suma importancia que sintamos la acción colectiva a través de una mayor acción, ya no “dirigista” por supuesto, del Estado. De este modo, los problemas de uno pasan a ser problemas de todos. Ej.: si como sociedad coincidimos que hay que pagar más impuestos para que haya una mejor educación, somos nosotros quienes nos involucramos en la suerte de todos de forma recíproca. El problema de uno es el problema de todos, y así recíprocamente.

Y, finalmente ¿qué rol cumple la acción política en concretar un sistema socio-económico de tal envergadura que respete nuestra dimensión individual y social a la vez?. Es verdad que las viejas ilusiones de la política que quisieron estructurar a través de la “voluntad general” a la sociedad en su conjunto son ya algo difícil de llevar a cabo: la complejidad social, económica y cultural lo impide. La libertad individual exige una esfera diferenciada que permita desplegar nuestra individualidad sin la coacción estatal. La crisis del control jerárquico, esto es, la imposibilidad que la política coordine las actividades de todas las esferas sociales crecientemente diferenciadas, es un dato que hay que tener en cuenta cuando repensemos la acción política en condiciones contemporáneas.

Pero tampoco la política democrática puede dejar de tener ese componente emancipador que la caracteriza: como ya quisieran algunos, la acción democrática no puede quedar exangüe frente a la “fe” en los mercados autorregulados. Como sociedad debemos volver a utilizar las armas de la política para preguntarnos y deliberar sobre cuestiones de suma importancia acerca de la vida buena en sociedad. En época de crisis -como la actual- sería correcto deliberar acerca de los límites morales de los mercados, no solamente porque son productores de desigualdad si es que no son debidamente regulados, sino porque también invade esferas que no le pertenecen, corrompiendo muchas veces los bienes que pone bajo la esfera del intercambio, como afirma el pensador comunitarista Michael Sandel⁷. Me parece que la esfera política, si quiere ser fiel a los postulados del personalismo, tiene que optar definitivamente -y por vocación- en contribuir a generar una verdadera economía social de mercado, en donde este último solo sea un medio para el bienestar de la persona y no un fin en sí mismo. Y debe ella promover una fuerte acción focalizada a quienes los frutos del mercado no llegan, promoviendo la producción de bienes públicos a través de las necesarias políticas sociales.

⁷ Sandel, Michael. Lo que el dinero No Puede Comprar. Editorial Debate. Barcelona.2013.

Pero no solamente la política ejercida a través de las distintas instituciones gubernamentales tiene la potestad para satisfacer el bienestar de la persona. El desarrollo integral propugnado por el personalismo comunitario requiere de todas las esferas sociales para cumplir sus objetivos. Lo es también la economía y los técnicos; lo es la justicia y sus jueces; lo es la familia y sus integrantes; lo es la escuela y la comunidad educativa; lo es la Universidad y sus estudiantes; lo son las empresas, vale decir, los dueños y los trabajadores a través de los sindicatos; lo es la Iglesia (sea del credo que sea) y sus fieles, etc. En ese sentido, la política es irreductible al “*estrecho ámbito de las urnas y los partidos*”⁸: la sociedad civil debe cumplir un rol fundamental en la resolución conjunta y cooperativa de los asuntos comunes. Y no podría ser de otra manera pues, como decía Emmanuel Mounier, la persona, a diferencia del individuo burgués, solo se realiza en comunidad.

La política debe cobrar una nueva importancia, pues sin ella dejamos de tener el poder colectivo de decidir cuestiones de importancia sobre nueva vida en común. Y no solamente eso, peor aún, dejamos de entendernos con los otros, porque es a través de ella donde nos encontramos, dialogamos y decidimos. Es una poderosa actividad para abandonar, aunque sea por unos momentos, nuestra vida privada y nuestros intereses personales y pensarnos y sentirnos como un todo. “*La política trata del estar juntos y los unos con los otros diversos*” decía Hannah Arendt⁹. Por ello, como escribió el discípulo de Mounier, Paul Ricoeur, la política posibilita “*la intencionalidad de la vida buena con y para otros en instituciones justas*”.¹⁰

⁸ Díaz, Carlos. ¿Qué es el Personalismo Comunitario? Colección Persona. Salamanca. 2010.

⁹ Arendt, Hannah. ¿Qué es la Política? Editorial Paidós. 2010. Barcelona. Pág. 45.

¹⁰ Ricoeur, Paul. Sí Mismo Como Otro. Editorial Siglo XXI. Buenos Aires. Pág. 176.

